

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

<i>El dolor</i>	3	
<i>Xavier Tilliette</i>	5	Sentido y falta de sentido del dolor
<i>Gerardo Söding</i>	13	Jesús y los enfermos
<i>Mons. Juan C. Maccarone</i>	29	Fin del milenio: el sufrimiento. Advertencia y reclamo en Juan Pablo II
<i>Alberto Espezel</i>	39	Filiación y expiación
<i>Marie-France Begué</i>	51	Dolor y perdón: aportes para una poética del perdón
<i>Carlos Velasco Suárez</i>	58	Vacío y drogadicción
<i>Gustavo G. De Simone</i>	69	Reflexiones a partir de un equipo de cuidados paliativos
<i>Luis Baliña</i>	75	Acompañando a nuestros padres que envejecen
<i>Olegario González de Cardedal</i>	79	Soledad, esperanza, oración

Acompañando a nuestros padres que envejecen

por Luis Baliña*

Nuestros padres envejecen. Como todas las etapas de la vida, ésta tiene sus alegrías y sus dolores particulares. A diferencia de las fases anteriores — diría Gabriel Marcel—, los dolores de ésta son antes misterios para compartir y acompañar que problemas para resolver. Misterios que van más allá de nuestra razón, que a veces sentimos como irracionales, como cosas que no pueden ser. Pero son. Por eso intentamos sondear su sentido, en la penumbra de un momento límite de esta vida y encandilados por la excesiva claridad de la promesa.

El marco de esta reflexión es una mirada a la naturaleza humana, que tiene una historia que no es sólo humana porque empieza con la creación, sigue con la caída y culmina con la redención.

¿El tiempo nos pasa?

No somos el puente inmóvil a través del cual pasa el río del tiempo. Es claro que el tiempo nos afecta. Los intentos de negarlo son sólo cosméticos.

S. Kierkegaard¹ muestra que el hombre es una síntesis de una dupla polar de elementos; los formula de varios modos. Aquí nos ocuparemos del hombre como síntesis de tiempo y eternidad. Como sucedía con los remedios antiguos, en cuyo frasco decía “agítese antes de usar”, la síntesis no es estable.

El autor danés dice que la síntesis hay que elaborarla todos los días mediante la libertad. No hacerlo produce angustia, y en un grado mayor, desesperación.

¿Qué nos pasa cada vez que no aceptamos el aspecto temporal de nuestro ser? O nos consideramos ya en la eternidad, o pensamos que nunca llegaremos. Si nos consideramos ya en la eternidad, surge la angustia ante cada limitación de nuestro “todavía no”. Si creemos que nunca llegaremos se nos produce esa asfixia en lo temporal que podríamos llamar con Hegel mala infinitud.

¿Estas cosas siguen sucediendo? Como fenómeno grupal, algunos movimientos religiosos piensan en un hombre que “ya llegó”; pero éste no es nuestro tema. Como fenómeno personal se observan actitudes de fuga hacia una

*Profesor de Historia de la Filosofía Antigua, Facultad de Filosofía (UCA), Historia de la Filosofía Contemporánea, Facultad de Teología (UCA). Miembro del consejo de redacción de la Revista.

¹ cfr. *La Enfermedad Mortal. Tratado de la Desesperación*, ed. Calomino, La Plata, 1947.

pseudo eternidad en la que, en palabras de Kierkegaard, el hombre “flota” en lo imaginario.

¿Qué nos pasa cuando no aceptamos el aspecto eterno de nuestro ser?

Pretendemos vivir el tiempo como si fuera todo. Y vemos que el tiempo se nos escapa. Y nos angustiamos porque sabemos que el tiempo de nuestra vida es limitado.

En el “*carpe diem*” de Kundera grita su angustia el hombre posmoderno ante la fugacidad del tiempo, ante la insoportable levedad del ser.

Concluimos con Kierkegaard que la no aceptación de la temporalidad o de la eternidad del yo son formas de desesperación, son falta de esperanza.

La identidad de nuestros padres que envejecen

Si el yo es una síntesis de temporal y eterno, significa que, como en todos los seres corpóreos, hay algo que cambia y algo que permanece. Como en todos los seres vivientes, hay una enorme mutabilidad y un principio de unidad. Nuestra identidad resulta de ambos aspectos entretnejidos en una historia que no es de hombres solos. Y, como señala Guardini, no la aceptamos de una vez para siempre, sino que nos toca hacerlo cada día, en atención a los aspectos cambiantes.

“Ya no soy lo que fui.”

Expresa un lamento muchas veces justificado por la pérdida de algunas capacidades.

Durante la mayor parte de sus vidas nuestros padres habían dedicado, casi diría consagrado su tiempo, libremente, a distintas personas y actividades. En este período, va disminuyendo su capacidad de aplicar su tiempo o su cuerpo a algunas actividades. Parece que fueran invitados a aceptar esas paulatinas pero tajantes limitaciones, que por supuesto afectan también su psiquismo. Algunas investigaciones señalan que en ocasiones la disminución de la capacidad mental en la extensa ancianidad es posterior a la de las capacidades físicas. Se da la paradoja de que la plenitud de la maduración anímica coincida con un indudable deterioro del cuerpo.

“Pero sigo siendo el que fui.”

Es necesario distinguir entre “lo que fui” (futbolista, pintor, abogado...) y “el que fui”. El despojamiento de “lo que fui” nos deja ligeros de equipaje, nos poda² de aspectos que a veces creíamos esenciales, de capacidades que realmente fueron centrales. Por eso la poda es dolorosa. No distinguir ambos aspectos hace que la poda resulte más ardua. En el hombre, el despojamiento suele ser más bien abrupto. En la mujer a veces acontece más gradualmente, como consecuencia del abandono de algunos roles de la maternidad, como el dar a luz o el alimentar. Ni en una ni en otro, este despojamiento deja de ser una crisis. Pero el viñador no extingue la viña que poda.

Aceptar estos cambios les corresponde a nuestros padres, pero también a nuestros hijos. Para nosotros, hijos, nuestros padres nunca dejarán de serlo, por más que no ejerzan algunas de las funciones paternas. Aún cuando a veces los hijos asumamos esos roles (cuidar, acompañar, tener paciencia, dar cariño...) nunca podremos considerarnos padres de ellos.

² Cfr. Jn. 15.2.

En la ancianidad hay mucho de niñez³.

Los padres de estos nuevos niños ya no están aquí. Su obediencia de ahora consiste más en escuchar (ob audire) y en ponerse en las manos del Padre.

En síntesis, los hijos seguiremos queriendo a cada uno de nuestros padres porque es él o ella, no sólo por lo que fue y ha dejado o no de ser.

Esta etapa de la vida, en algunos casos de familias muy lastimadas, suele abrir una nueva posibilidad de perdonar y ser perdonado.

Pobreza y riqueza de nuestros padres que envejecen

Los nietos creen que un abuelo se compra con diez centavos de cariño. Los hijos, en cambio, vamos aprendiendo que en esta etapa nuestros padres necesitan una enorme cantidad de afecto, que no siempre cuesta diez centavos; a veces cuesta mucho. Pero tiene el carácter de algo debido en justicia, que los antiguos llamaban piedad.

Cuando éramos chicos nuestro gesto era abrir la boca para que nos alimentaran, levantar los brazos para que nos alzaran... Siempre recibíamos cariño de nuestros padres. Nosotros éramos indigentes de ese cariño y esos cuidados. Nuestro amor, en esa etapa, tenía mucho más de indigencia (la "penía" del Banquete platónico) que de la riqueza del dar.

Ahora los pobres de amor van siendo nuestros padres. No es difícil pensar quién será capaz de saciar esa hambre.

Esta pobreza, sin embargo, no suele ser una miseria. Casi todas las culturas ven que quienes están en la edad del consejo tienen algo valioso para dar.

Aún en el recibir un apretón de manos del enfermo en agonía suele haber un devolver el cariño con un gesto, con una presión de la mano, con dar calor cuando no queda otra cosa que dar.

Los afectos se han serenado, centrándose. La capacidad de sufrir es distinta, aumenta o disminuye si lo hacen las capacidades perceptivas. Después de tantos dolores, parece tomarlos también con mayor serenidad.

Con respecto a los bienes materiales, ¿quién no ha visto esas disputas por una herencia que son en realidad peleas por un cariño que no se ha recibido bien?

Si esos vínculos son fuertes, los padres, en vez de buscar seguridad en los bienes materiales, podrán darlos con sus manos calientes para que los hijos reciban un afecto que no encontrarán en las manos frías.

Felicidad como entrega

Mirar televisión me hace feliz, en alguna medida, porque me entrego a ella. Oír música es una de las operaciones contemplativas más frecuentes en los jóvenes, porque son capaces de entregarse a ella. Durante la juventud y la

³ Cfr. Hans Urs von Balthasar, *Si no os hacéis como este niño*, Herder, Barcelona, 1989. Cfr. también, con el mismo título, la antropología de la niñez de Florian Pitschl y Ferdinand Ulrich, en *Communio*, ed. argentina, N° 4 (1995).

madurez, nuestros padres se “entregaban a”; parece que este momento de sus vidas les propusiera “entregar-se”.

Así como cada pequeña felicidad implica un acto de entrega, la verdadera felicidad implica un acto de entrega total. Y ésta adquiere pleno sentido cuando veo a Quién me entrego. Al ser El el bueno, es el único capaz de saciar nuestro infinito deseo de bien, de felicidad.

La vida de los santos que tenemos a nuestros alrededor tiene mucho más de entrega que de egoísmo. Y mucho más de sencilla felicidad.

Los neomarxistas M. Horkheimer y Th. W. Adorno han hecho una crítica a la sociedad burguesa como incapaz de entregarse a nada, y por consiguiente incapaz de ser feliz. Han rastreado sus raíces tan lejos como el 1600 de Spinoza, cuyo “conatus sese conservandi” sería el origen de la vida vivida como autoconservación, entonces como no entrega, y por ende no feliz.

Acompañar la muerte

Y Jesús lloró
Jn. 11.35

Llegamos al momento más arduo.

De esto no se habla, o se habla poco en nuestra cultura: aunque en nuestro medio todavía no se maquille a los que han muerto, sí se suelen disimular los cementerios.

La muerte de que tenemos experiencia, observa Heidegger, es la muerte del otro.

Este autor percibe la angustia de la muerte por dos motivos: porque para él el hombre es un “ser para la muerte” y, en segundo lugar, pero más aceptable, porque siente la tragicidad de ese momento crucial de la vida.

La sensibilidad existencialista percibió algo verdadero: la muerte es trágica.

El motivo de esa tragicidad, por un lado, es de dolor. Por otro, el hecho de que si bien tenemos esperanza en lo que ha de venir, no tenemos seguridad (se-cura: falta de preocupación) humana.

Ya los antiguos observaron que en general la muerte acontece después de una agonía (en griego lucha, angustia) más o menos larga. Si la familia es el lugar de la vida, deberá volver a ser el lugar de la muerte como tránsito hacia la Vida.

Es un acontecimiento personal, no técnico⁴.

Para concluir, recordaremos la observación de Sto. Tomás de que un apetito natural, al ser dado por el Creador, no puede ser vano. Nuestra tendencia más básica es a vivir, y a vivir felices, esto incluye, por supuesto, la vida del cuerpo sano. Con lo que resulta que pese a la muerte, siempre violenta, nuestro anhelo más profundo pide la resurrección.

⁴ Cfr. el art. de mi padre, Luis M. Baliña, *El derecho a morir y estar enfermo en el seno de la familia*, Criterio 1737 (1976).